

MORALES GONZALEZ, Juan: **El Inmigrante Canario y su Obra en Venezuela**, Cabudare-Estado Lara, Impresora Gama Color S.R.L., 1991; 399 pp.

Este es el tercer libro, sobre el tema, que casi con las uñas logra entregarnos el autor, después de mucho sacrificio personal para llevarlo a la imprenta, en el primero (Canarias en el Actual Momento Histórico: 1982) da salida -con apoyo en hechos y cifras- a la "hispanofobia" que, a pesar de sus razones, mi generación no termina de compartir; y a partir del segundo (Vida y Obra de Canarios en Venezuela: 1989) abre un ciclo en el que combina la entrevista con sus propias reflexiones y experiencias como inmigrante "isleño" en Venezuela. En ese segundo libro recoge informaciones valiosas sobre el papel pionero de los canarios en el cultivo a gran escala en algunas zonas venezolanas, sobre todo en el fértil y seco Valle de Quibor, en el Estado Lara; obra que es una auténtica proeza a la que está ligado el sudor canario en el país.

El autor, en sí mismo, encierra una sorprendente biografía donde cada peldaño es alcanzado a pulso, con persistencia y dedicación admirables: hijo de campesinos humildes de la isla de Hierro, arribó a Venezuela a los 17 años, desempeñando disímiles trabajos (caletero, mesonero, chofer de taxi...), combinándolos con estudios nocturnos que le permiten obtener el título de Bachiller; emigra después con su familia a Barquisimeto, donde logra graduarse de Licenciado en Contaduría Pública y labora en distintas empresas privadas, hasta que ingresa a la Universidad Centro-Occidental como profesor de planta.

En este libro hace desfilar a cuatro canarios venezolanos cultores del dignificante verbo que blasona al Archipiélago Canario: trabajar. Son ellos: Benito Rocha González, palmero que fue agricultor papero en los Humocaros del Estado Lara y actualmente es dueño de una empresa de máquinas para la construcción; Matías Morales Morales, herreño de nacimiento y quien, desde la posición de empleado en varias empresas pe-

queñas de servicios, dirige ahora toda una gran empresa ligada al transporte y dispensación de combustibles, además de servicios hoteleros en Quibor; Juan Roberto Gutiérrez Ramón, nacido en la isla de La Palma, quien se inició en la continuidad Canarias-Venezuela de la agricultura y ahora dirige una hacienda ganadera y Manuel Rodríguez Ramos, tinerfeño de origen para quien el ascenso socio-económico no ha sido tan espléndido como para los otros tres, pero sí el moral y ético que mucha gratificación le ha reportado; es hijo de un emigrante a Cuba que volvió a Tenerife para ver después partir a su segundo hijo hacia Venezuela, donde se dedicó al oficio con el que sigue ganándose la vida: la mecánica.

En la última parte del libro Morales González se cede la palabra a sí mismo, para hablar, desde sus particulares vivencias y las que ha conocido de otros, de "El emigrante y su drama" (pp. 365-396).

Ahí el autor asume el desafío de ser el vocero de varios canarios de Venezuela que se sintieron aludidos, si no ofendidos, por los planteamientos hechos por el gobierno español (a través de dos de sus miembros: Lorenzo Olarte y el mismísimo Felipe González, al visitar estos Venezuela en 1990) al instarlos a continuar la lucha junto a los venezolanos para sacar el país de la crisis; lo cual fue entendido como una forma encubierta de decir que no regresaran a las islas. Ello, para Morales González, como para cualquier otro inmigrante canario en América, es un insulto bestial, pues como dice Mika Waltari: "...siempre es importante saber que hay un lugar donde regresar, aunque no se haga nunca"... y negarse a los canarios el regreso, así sea para devolverle el cuerpo a la tierra en la que nacieron, es castrarles la esperanza con la que evaden, disimulan o atenúan la nostalgia y el desarraigo.

Tal situación la comprende y explica transparentemente Morales: el arribo masivo de canarios al Archipiélago sería catastrófico para los exiguos servicios públicos y el volumen de turistas que quedaría desatendido ante la demanda de un contingente voluminoso de emigrantes retornados; mientras que para Venezuela significaría la pérdida de capitales y mano de obra agrícola.

En el transcurso de su exposición el autor grita la tragedia del emigrante isleño, la cual queda sintetizada de manera dolorosa y descarnada en lo que a él le dijo su abuela:

"Hijo, cuando seas grande, márchate de aquí, porque maldita sea la tierra que no mantiene a sus hijos".

Y sobre esta tragedia, como también inmigrante -a los 5 años de edad-, de acuerdo a nuestra experiencia y la de los nuestros, más nuestros propios análisis del tema; nos permitimos hacer algunas reflexiones en cuanto a ciertos planteamientos del autor al respecto.

En primer lugar, no entendemos cuál es el "modelo cultural" que él dice que hay que defender cuando, por una parte, él mismo señala que es poco lo que le queda de "identidad" al canario, por otra reclama conocimientos científicos y técnicos para las islas, los cuales aniquilan toda "identidad", haciéndola mera curiosidad para turistas y luego, porque todo el folklore del Archipiélago (bailes, comidas, trajes...) está todo contenido en la lengua española y las "palabras guanches" si acaso perviven en toponímicos y el esnobismo de bautizar a los niños con nombres nativos, junto a apellidos castellanos y gallegos. Los valores que invoca Morales González (defensa de la naturaleza, la idiosincracia, la cultura...) están todos tomados de la Cultura Occidental.

En segunda instancia, aunque la "hispanofobia" no está expresa en el hilo del discurso del autor, ella está patente en la "...miseria crónica institucionalizada que nunca nos abandonó" (p. 374); y es lógico que él enarbole el sufrimiento que conoció y padeció en carne propia, pero es cegarse ante la evidencia que, al igual que los canarios, bajo Trastámaras, Austrias y Borbones, peor o igual les fue a vascos, gallegos, catalanes, andaluces y castellanos. El hambre física y espiritual no fue ni es patrimonio de ninguna etnia en particular.

En tercer lugar, hacer de la emigración transoceánica el paradigma del desarraigo canario, nos parece reduccionista porque éste se produce

también en el desplazamiento del campo a la ciudad, de una isla a otra, de las islas a la Península, de un lugar a otro en América... el hecho mismo de volverse adulto genera desarraigo en el ser humano. Además, esa tragedia, entre los canarios, es de siglos y donde más duele es en los hijos, quienes se adaptan a los nuevos sitios donde nacen o son llevados y en búsqueda de aceptación, desprecian la nostalgia de los mayores por las islas. Más aún, como señala Morales, cuando los que hace 40 y más años vinieron a América y al intentar volver a Canarias no son aceptados y hasta son rechazados allá, mientras que sus descendientes "indianos" fácilmente se sienten en "su ambiente", porque el Archipiélago ha buscado equipararse vertiginosamente con los tiempos (música, comida, ropa, jerga, vicios...) y romper con la imagen del "atraso", las escenas campesinas, los dichos, las tradiciones..., con todo aquello que los mayores, en este lado del Atlántico, por más de cuatro décadas, llevan en el corazón: las islas congeladas y estáticas del tiempo en que las tuvieron que dejar... Entonces, al no encontrarlas, vuelven a América.

Miguel Angel Rodríguez Lorenzo.